

Andrew Dobson

# Pensamiento político Verde

Una nueva ideología  
para el siglo XXI

TRAYENDO ESTADOS Y SOCIEDAD

ción dada del mundo son opacas, no translúcidas, y exigen descripción.

Sin embargo, parece que hay todavía algo útil que decir acerca del socialismo, el liberalismo y el conservadurismo desde dentro del idioma funcional, aunque sólo sea en el sentido de que ciertamente podemos constatar palpablemente que las ideologías políticas proporcionan «los conceptos, categorías, imágenes e ideas por medio de los cuales la gente da sentido a su mundo social y político, concibe proyectos, llega a cierta conciencia de su lugar en este mundo y actúa en él» (Donald y Hall, 1986, pág. X). Este modo funcional de entender la ideología es el que conforma el contenido del presente libro. Pretendo exponer las ideas con las que los verdes radicales describen el mundo social y político, prescriben una acción dentro de él e intentan motivarnos para dicha acción. Ésta es una perspectiva incontestada en el campo de la descripción de ideologías políticas, pero la comprensión de «ideología» que presupone dista de ser incontrovertible en el terreno más amplio del estudio de la ideología misma. En este terreno más amplio se han de someter a examen, tanto el ecologismo, como el presente libro que de él se ocupa.

## Capítulo 1

### PENSANDO EN EL ECOLOGISMO

Incluso ahora, tras haber escrito los dos últimos manifiestos del Partido Ecologista para las elecciones generales, me vería en un aprieto para decir cuál es nuestra ideología.

PORRITT, 1984a, pág. 9

En la introducción, comencé estableciendo tres puntos: primero, que ecologismo no es lo mismo que medioambientalismo; segundo, que el medioambientalismo no es una ideología política; y tercero, que aunque el medioambientalismo es lo bastante inconcreto como para formar híbridos con la mayor parte de las ideologías, con la que más inómodo se encuentra es con el ecologismo. Para empezar yo diría que estos puntos enfrentan mis opiniones con las de la mayoría de quienes han escrito recientemente sobre la ecología política como ideología. La postura más común es la de que es preciso considerar tanto el medioambientalismo como el ecologismo cuando se trata la ideología verde, y hay autores que normalmente ofrecen un «espectro» de la ideología verde con todas las características anejas necesarias, tales como «alas» y «centros». En otro lugar me he referido a estas dos aproximaciones a la ideología verde como «maximalista» y «minimalista» (Dobson, 1993). Los comentaristas maximalistas definen el ecologismo estrictamente: «la gente y las ideas tendrán que superar pruebas rigurosas antes de que se puedan llamar propiamente político-ecológicas»; en cambio, los minimalistas «echan sus redes más lejos, de modo que la definición de ecologismo se ve sometida a condiciones menos rigurosas y/o a un menor número de ellas» (ibíd., 1993, pág. 220). Como se podrá ver, yo adopto una posición maximalista, en

de, el crecimiento continuo no se puede alcanzar superando lo que podrían parecer límites transitorios, tales como los impuestos por la falta de refinamiento tecnológico; el crecimiento continuo e ilimitado es *prima facie* imposible. Este tema será tratado en el capítulo 3.

En este punto, el ecologismo sirve para destacar un factor —la Tierra en sí— que ha estado presente en todas las ideologías políticas modernas, pero que ha permanecido invisible, bien debido a su ubicuidad, bien porque la propuesta de descripción y prescripción de dichas ideologías la han mantenido oculta. El ecologismo convierte la Tierra como objeto físico en la piedra angular de su edificio intelectual, sosteniendo que su finitud es la razón básica por la que son imposibles el infinito crecimiento económico y demográfico y por la cual, consiguientemente, es preciso que tengan lugar cambios profundos en nuestra conducta social y política. La imagen permanente de esa finitud es una conocida fotografía tomada por las cámaras del Apolo VIII en 1968, que muestra una Tierra blanquiazul, suspendida en el espacio por encima del horizonte de la Luna. Veinte años antes, el astrónomo Fred Hoyle había escrito: «Una vez que sea posible tomar desde el exterior una fotografía de la Tierra[...] se liberará una idea nueva, tan poderosa como ninguna otra en la Historia» (en Myers, 1985, pág. 21). Puede que tuviera razón. El movimiento verde ha adoptado esta imagen, y la sensación de belleza y fragilidad que ofrece, para generar inquietud por la Tierra, sosteniendo que la vida cotidiana en la sociedad industrial nos ha separado de ella: «Quienes viven en medio de hormigón, plástico y ordenadores, pueden olvidar fácilmente el modo fundamental en que nuestro bienestar está vinculado a la tierra» (ibíd., pág. 22). Se nos insta a reconocer lo que es y ha sido siempre el caso: que la riqueza (de todos los tipos) deriva en última instancia del planeta.

## SOCIEDADES SUSTENTABLES

La centralidad de la tesis de los límites del crecimiento y las conclusiones extraídas de allí conducen a los ecologistas políticos a afirmar que se requieren cambios radicales en nuestras prácticas y hábitos sociales. Los verdes se refieren a menudo al tipo de sociedad que incorporaría tales cambios como la «sociedad sustentable», y el hecho de que seamos capaces de delimitar aspectos de una sociedad verde distinguibles de las imágenes preferidas de otras ideologías es una de

las razones por las que el ecologismo se puede ver como una ideología política por derecho propio.

Esbozaré en el capítulo 3 cómo entiendo que debe ser la sociedad sustentable, pero hay una o dos ideas acerca de ella que se deben tener presentes desde el principio. Los ecologistas políticos destacarían dos puntos con respecto a la sociedad sustentable: uno, que el consumo de bienes materiales por parte de los individuos en los «países industriales avanzados» se debe reducir; y dos (unido a lo anterior), que las necesidades humanas no se satisfacen mejor con un crecimiento económico continuo tal y como lo entendemos hoy. Jonathan Porritt escribe: «Si quieres un contraste simple entre política convencional y política verde, te bastará nuestra convicción de que la demanda cuantitativa se debe reducir, no incrementar» (Porritt, 1984a, pág. 136). Los verdes sostienen que, si hay límites para el crecimiento, entonces también hay límites para el consumo. El movimiento verde se enfrenta, por tanto, con la dificultad de poner en tela de juicio una importante aspiración de la mayoría de la gente —aumentar al máximo el consumo de objetos materiales— y, al mismo tiempo, hacer atractiva su postura.

Su estrategia tiene dos aspectos. Por un lado, sostiene que el consumo continuo en niveles cada vez mayores es imposible debido a los límites productivos finitos impuestos por la Tierra. Así, se sostiene que nuestro anhelo de consumir se verá restringido, queramos o no: «En lenguaje coloquial diríamos que es nadar y guardar la ropa, y eso es imposible», anuncia Porritt (ibíd., pág. 118). Es muy importante ver que los verdes sostienen que el reciclado o el uso de fuentes de energía renovable no resolverán por sí solos los problemas planteados por una Tierra finita: seguiremos sin ser capaces de producir o consumir a un ritmo cada vez mayor. Tales técnicas podrían formar parte de la estrategia para una sociedad sustentable, pero no afectan materialmente a los límites absolutos de la producción y el consumo en un sistema finito:

De brit's con  
de la vida, de

La ficción de combinar los actuales niveles de consumo con «un reciclamiento ilimitado» es más característica de la visión tecnocrática que de la ecológica. También el reciclado usa recursos, gasta energía, crea contaminación térmica; a fin de cuentas, es simplemente una actividad industrial como todas las demás. Reciclar es a la vez útil y necesario, pero resulta ilusorio imaginar que da respuestas fundamentales (Porritt, 1984a, pág. 183).

Esta observación es análoga a la distinción establecida antes entre medioambientalismo y ecologismo. Parafraseando a Porritt, el reciclamiento

Muchas personas se consideran bien informadas cuando sostienen que el mundo no humano debe ser preservado: a) como reserva de diversidad genética para fines agrícolas, médicos y de otro tipo; b) como material de estudio científico, por ejemplo de nuestros orígenes evolutivos; c) para fines recreativos y d) por las oportunidades que proporciona de placer estético e inspiración espiritual. Sin embargo, aunque bien informadas, todas estas razones se relacionan con el valor instrumental del mundo no humano para los humanos. Lo que se echa de menos es alguna percepción de una visión más imparcial, biocéntrica —o centrada en la biosfera— en la cual se considere que el mundo no humano tiene un valor intrínseco (Bunyard y Morgan-Grenville, 1987, pág. 284).

Ocultas tras esta afirmación se encuentran cuestiones complejas, que se analizarán con detalle en el capítulo 2, pero en este marco de reflexión sobre el ecologismo es preciso distinguir entre el ecologista «público» y el «privado».

El ecologista privado, en conversación con gente de pensamiento afín, muy probablemente situará la postura del valor intrínseco por delante del argumento humano-instrumental, desde el punto de vista de la prioridad, y afirmará que este último es de menor valor, menos profundamente ecológico, que el primero. El ecologista público, sin embargo, deseará de hacer prosélitos, casi con seguridad apelará primero a la tesis ilustrada del propio interés y sólo pasará a hablar del valor intrínseco una vez que el primer argumento esté ya bien asentado.

Así, la ideología política del ecologismo desea claramente suscribir un conjunto particular de razones para cuidar del medio ambiente, pero se encuentra ante una cultura que parece engendrar una crisis de confianza, y eso la fuerza a presentar en público otro conjunto, que querría considerar subordinado. Ésta, pues, es otra característica del ecologismo: que su rostro público corre el peligro de ocultar lo que es «realmente»; y, sin embargo, lo que es «realmente» es su rostro público.

Algo parecido se podría decir de la espiritualidad que uno a veces ve que aflora en los escritos de los ecologistas. Sus defensores sostienen que la política verde radical es en sí misma una experiencia espiritual, por cuanto se funda sobre el reconocimiento de la «unidad» de la creación y la subsiguiente «reverencia por la propia vida, la vida de los demás y la Tierra misma» (Porritt, 1984a, pág. 111). Además, se afirma que el cambio político implicará dicho reconocimiento y que sólo una política verde tiene la posibilidad de recrear la dimensión espiritual de la vida que el mugriento materialismo de la época industrial ha hecho pedazos. Este tipo de discurso, sin embargo, difícilmente consi-

gue votos y así, aunque la «espiritualidad» pueda destacarse en la conversación privada del ecologista, no consigue la aireación pública que parecería justificar.

En este orden de cosas, merece la pena señalar otra razón específica aducida para vivir «en» el medio ambiente y no contra él. Se afirma que la explotación del planeta está vinculada con la explotación de la gente, y que acabar con la primera es el requisito previo para acabar con la segunda. Lindy Williams, que fue copresidenta del Partido Verde, escribe que «la explotación del planeta implica inevitablemente la explotación de la gente» (en Goldsmith y Hildyard, 1986, pág. 360), y Norman Myers cree que «tenemos la oportunidad, de forma bastante sencilla, de ser los primeros en vivir en armonía total con nuestra Nave Espacial Tierra, y por tanto en armonía total unos con otros» (1985, pág. 258). Sin embargo, hay aquí campo abundante para el desacuerdo. En un análisis complejo y de gran alcance, el ecologista social Murray Bookchin da la vuelta a las cosas y afirma que «la idea misma de dominar la naturaleza procede de la dominación del hombre por el hombre» (Bookchin, 1991, pág. 131), sugiriendo de este modo que la emancipación humana es requisito previo para la emancipación de la naturaleza.

De una manera u otra, esto es mucho decir, y hay quienes sostienen que no es en absoluto obvio que esas dos formas de explotación estén conectadas. Ciertamente podemos imaginar un mundo, dicen éstos, donde la poblaciones vivan sustentablemente con respecto al medio ambiente, pero de forma explotadora en lo tocante a las relaciones sociales dentro de dichas poblaciones (y viceversa). Las sociedades sustentables podrían adoptar muchas formas, y no parece haber ninguna razón necesaria por la que debieran ser menos explotadoras de los seres humanos que lo son las sociedades actuales (y viceversa). La importancia de esto es, sin embargo, que los ecologistas políticos (y sociales) piensan que lo serán, y por las razones concretas apuntadas antes.

#### LA CRISIS Y SUS CONSECUENCIAS POLÍTICO-ESTRATÉGICAS

Ninguna presentación del ecologismo sería completa sin la dosis apropiada (habitualmente grande) de advertencias catastrofistas. Los ecologistas políticos invariablemente afirman que, si no se atienden sus advertencias y no se siguen sus prescripciones, las consecuencias que se derivarán de ello serán calamitosas. *Más allá de los límites del crecimiento* proporciona un ejemplo típico:

independencia: no jerarquía  
competición igualdad

es — como no podía ser menos — una visión ecológica. «Los ecologistas profesionales», escribe Jonathon Porritt, «estudian los sistemas de plantas y animales en relación con su medio ambiente, con insistencia particular en las relaciones mutuas e interdependencia de las diferentes formas de vida» (1984a, pág. 3). Esta caracterización expresa el sentido benigno de «naturaleza» que ha sido adoptado por los ecologistas políticos. Éste es un mundo natural donde se da prioridad a la interdependencia sobre la competición y donde la igualdad precede a la jerarquía. Para el ecologismo, la naturaleza no es «diente y zarpa sangrientos», sino pacífica, tranquila, exuberante y verde.

Las principales características del mundo natural y las conclusiones o prescripciones sociales y políticas que se han sacado de ellas son:

- diversidad
- interdependencia
- longevidad
- naturaleza como «hembra»
- tolerancia, estabilidad y democracia
- igualdad
- tradición
- una particular concepción del feminismo.

Estas ideas serán analizadas con mayor detalle en los capítulos siguientes, pero aquí resultan oportunas algunas observaciones introductorias. En primer lugar, están en cierta tensión entre sí y quedan radicalmente indeterminadas. ¿Qué tipo de igualdad y democracia, por ejemplo, se pueden «derivar» de la naturaleza? ¿Acaso democracia y tradición, o tradición e igualdad, no son potencialmente incompatibles? Los problemas asociados con una lista de esta clase son tales, en efecto, que Michael Saward se ha visto obligado a decir que «la vaguedad e incompatibilidades de la tabla la convierten casi en algo carente de sentido» (Saward, 1993a, pág. 69). Sin sentido, quizá, desde la perspectiva teórico-política, pero útil desde un punto de vista ideológico, donde la persuasión es tan importante. Enraizar las prescripciones políticas propias en una interpretación de la naturaleza es arriesgado debido a la falta de determinación que supone, pero la potencia simbólica obtenida con ello puede hacer que merezca la pena pagar el precio de la vaguedad (o incluso lo haga intrascendente). Las ideologías pretenden persuadir, y a veces esto se hace de manera más eficaz incorporando el tema principal y no el detalle teórico. Insisto en que esto no quiere decir que el naturalismo del ecologismo carezca de problemas (ni mucho menos); indica, simplemente, que las exigencias de la ideología y las exigencias de la teoría son bastante diferentes.

Es, pues, un axioma ecológico que la estabilidad de un ecosistema es

una variable dependiente de la diversidad de dicho ecosistema. Así, cuanto más diversa sea la flora y la fauna (dentro de los límites impuestos por el ecosistema), más estable será el sistema. Además, la estabilidad se ve como una característica positiva de un ecosistema porque demuestra que el sistema es sustentable; un ecosistema sujeto a fluctuación todavía no ha alcanzado el estadio «climax», y por tanto se considera inmaduro. Socialmente, esto se traduce en la aspiración liberal de tolerancia de la peculiaridad, y de generosidad con respecto a las diversas opiniones, y éstas son casi con seguridad características del liberalismo adoptadas por los verdes. En el ecologismo hay una fuerte opinión de que la «sociedad sana» (metáfora orgánica intencionada) es aquella en la que un abanico de opiniones no sólo es tolerado, sino celebrado, por cuanto esto proporciona un depósito de ideas y formas de conducta del cual echar mano cuando se afrontan problemas políticos o sociales:

La diversidad debe ser, además, la palabra clave del modo de organización. No sólo necesitaremos echar mano de un amplio abanico de opciones culturales y minoritarias para mejorar la calidad de nuestras vidas, sino que también tendremos que utilizar una base de poder amplia y participativa en nuestros sistemas políticos para oponernos e invertir las actuales tendencias hacia la homogeneidad, la centralización excesiva, el abuso de poder y una sociedad indiferente (Myers, 1985, pág. 254).

Más tarde (capítulo 3) se dirá que esta aspiración se encuentra en tensa relación con la rigidez potencial de las normas y criterios de una sociedad sustentable a pequeña escala. En esa medida, el ecologismo tropieza con un problema similar al encontrado en la tradición liberal en la que se inspira: cómo tener una concepción de la sociedad buena que requiere que la gente se comporte de una determinada manera, y defender, sin embargo, formas diversas de conducta.

No obstante, es una máxima verde que a las voces discrepantes se les permita hablar, y en este sentido el ecologismo suscribe el principio democrático de gobierno por acuerdo. Tampoco es una vaga especie de acuerdo que se considera suficientemente bueno: la mayoría de los verdes son partidarios de una forma de sociedad radicalmente participativa en la cual tenga lugar la discusión y donde el acuerdo explícito sea pedido y alcanzado en el abanico más amplio posible de cuestiones políticas y sociales. Todo esto supone el tipo de política descentralizada a menudo asociada con la sociedad sustentable, que será examinada con mayor detalle en el capítulo 3.

Alguno objetará, sin duda, que ésta es una visión demasiado hala-

manos estaríamos permanentemente enfermos. Así mismo, esas bacterias concretas necesitan nuestro intestino para vivir.

Hay un sentido, pues, en el hecho de que toda relación —desde un punto de vista ecológico— sea una relación simbiótica, y esto es lo que ayuda a crear un sentido de igualdad. Además, éste es un sentido de igualdad intenso, por cuanto se considera basado en un principio de igualdad directamente observable. No es necesario recurrir a abstracciones (tales como el «delgado» ser humano del liberalismo) para generarlo. Desde este punto de vista, los papeles están trastocados por lo que respecta a los argumentos acerca de la posibilidad de la igualdad. Tradicionalmente ha sido una postura antiigualitaria importante la de que, dada la manifiesta desigualdad de las especies y los seres humanos, recae sobre los igualitarios el peso de demostrar por qué deberían ser tratados igualmente. Los ecologistas arguirán que la igualdad es al menos tan «observable» como la desigualdad y que, por tanto, son los desigualitarios quienes deben cargar con el peso de la prueba. Se podría objetar, con todo, que la interdependencia no tiene por qué implicar necesariamente igualdad; no resulta difícil imaginar situaciones en las que probablemente se admitiría la interdependencia, pero ciertamente no la igualdad: la relación entre un terrateniente y un villano, por ejemplo, o entre una madre trabajadora y su empleada de hogar. El hecho de la longevidad del mundo natural no es, obviamente, una observación específica de la ecología, pero no obstante tiene importantes derivaciones para los políticos ecologistas. En cierto sentido se afirma del mundo natural que, sea lo que sea, es bueno, siempre que no haya sido estropeado por los seres humanos con ideas acerca de su situación. La naturaleza habla con la sabiduría nacida de una larga experiencia, y la atención a «sus» lecciones garantiza el mejor de todos los resultados posibles. El contraste entre nuestro débil conocimiento moderno, y los instrumentos que produce, y la rica vena de sabiduría generada por los antepasados con el oído pegado al suelo es claro:

En la agricultura moderna el agricultor está cada vez más aislado del suelo que cultiva; se encierra en la cabina de su tractor, bien con cascos para no oír el ruido, bien con la radio a todo volumen, y lo que sucede detrás del tractor tiene más que ver con las maravillas de la tecnología que con la sabiduría de las innumerables generaciones de sus predecesores (Bunyard y Morgan-Grenville, 1987, pág. 71).

Lo mismo que con la agricultura pasa con la política. Los ecologistas sostienen que debemos vivir con, y no contra, el mundo natural, y

esto tiene importantes repercusiones en lo tocante al tipo de comunidad en el que nos harían vivir. Al mismo tiempo, la longevidad del mundo natural puede ayudar a generar un sentido de reverencia y humildad, y contribuir así al alejamiento del antropocentrismo, cosa que el movimiento verde considera necesaria:

La aproximación ecológica [introduce] una importante nota de humildad y compasión en nuestro modo de entender nuestro lugar en la tierra (Eckersley, 1987, pág. 10).

Sin embargo, la naturaleza no sólo es considerada nuestro mejor maestro, sino que «ella» además es hembra. Esto tiene importantes consecuencias para el feminismo suscrito por el ecologismo, porque hay una tendencia a representar las características beneficiosas de la naturaleza con «personalidad femenina». Así, la naturaleza y la mujer serían tiernas, nutritivas, afectuosas, sensibles al lugar y esencialmente definidas por el (alto) ministerio de dar a luz la vida. En la medida en que gran parte del impulso feminista ha estado encaminado a librar a la mujer de la conducta estereotipada y los tipos de carácter, esta visión ecológica podría parecer retrograda. Y lo que es más oportuno: las características de esta visión (si admitimos que la mujer realmente las posee, excluyendo habitualmente otras características) son precisamente las que han relegado a la mujer a una condición inferior, porque dichas características se consideran cualidades subordinadas. Probablemente no servirá de gran consuelo a algunas feministas que el ecologismo intente volver las tornas en este campo, sosteniendo que el predominio de los valores «masculinos» es parte de la razón de la crisis que hemos señalado y que el ejemplo «femenino» de la naturaleza es el que se ha de seguir. Brian Tokar lo dice así: «Los valores de nutrición, cooperación y participación que tradicionalmente se identifican más estrechamente con las mujeres que con los hombres han de convertirse en los principios subyacentes más profundos de nuestra sociedad» (1994, pág. 91). Estas cuestiones son importantes para el ecologismo y para el feminismo, porque el ecologismo reclama el feminismo como norte (al menos en el ámbito de cómo «hacer» política), y también porque algunas feministas han rechazado el tipo de feminismo relegado al servicio ecológico. En el capítulo 5 expondremos mucho más de este debate.

mente complejo, que estropeamos con riesgo para nosotros mismos, es, sin embargo, un pensamiento de derechas. Joe Weston, que escribe desde una perspectiva socialista, lo dice así:

Está claro que el análisis verde de cuestiones medioambientales y sociales está dentro de la estructura amplia de la filosofía e ideología de derechas. La creencia en límites «naturales» para la conquista humana, la negación de las divisiones de clase y la visión romántica de la «naturalidad» hundien sus raíces en las divisiones políticas conservadoras y liberales (Weston, 1986, pág. 24).

Como se indicó antes, John Gray ha recogido algo de esto y lo ha convertido en virtud, desde un punto de vista conservador. Afirma que hay tres «profundas afinidades» entre el pensamiento verde y el conservador. La primera es que «tanto el conservadurismo como la teoría verde ven la vida de los humanos en una perspectiva multigeneracional»; la segunda, que «tanto los pensadores conservadores como los verdes rechazan la anticuada doctrina del individualismo liberal, el sujeto soberano, el agente autónomo cuyas elecciones son el origen de todo lo que tiene valor»; y la tercera, que «tanto los verdes como los conservadores prefieren, por miedo a los riesgos, la senda de la prudencia cuando nuevas tecnologías, o nuevas prácticas sociales, tienen consecuencias amplias e impredecibles» (Gray, 1993, págs. 136-137). Aunque Gray no incluye en su lista una oposición común al «humanismo soberbio», podría haberlo hecho (ibíd., pág. 139). Las semejanzas que destaca Gray están bien escogidas, pero hay muchos detalles (¿qué ha de sustituir, entonces, la anticuada doctrina del individuo liberal?, ¿cuáles han de ser las reglas de distribución a través de las generaciones?) que pueden provocar, sin embargo, largas discusiones entre ecologistas políticos y conservadores; y por supuesto no se menciona en absoluto el ecocentrismo (como característica distintiva fundamental). Más en general, la dificultad de describir el ecologismo como obviamente de izquierdas o de derechas es un legado de su ambigua relación con la tradición ilustrada a la que nos hemos referido en la introducción, y es coherente con su autoimagen de poner en tela de juicio las respuestas habituales a dicha tradición.

En segundo lugar, la pretensión verde de trascender el capitalismo y el comunismo, en el sentido de que el ecologismo pone en tela de juicio una característica primordial común a ambos (industrialismo), ha atraído duras críticas desde la izquierda. Esto se debe a dos razones. Primeramente, evoca malos recuerdos de la tesis de los años sesenta

del «fin de la ideología». Esta tesis ha sido interpretada por la izquierda como ideológica a su vez, en el sentido de que mantiene una suelta apariencia de acuerdo acerca de los objetivos básicos de la sociedad, y con ello oscurece e ilegítima estrategias alternativas. La postura de fin de la ideología fue apoyada por la tesis de convergencia, que afirmaba que las naciones comunistas y capitalistas estaban comenzando a convergir en una línea semejante de acción política y social. La izquierda señaló que tales análisis servirían para consolidar relaciones existentes de poder—particularmente en las naciones capitalistas—y, por tanto, desempeñaban una función social conservadora.

Así, la convicción de la izquierda de que no es posible trascender el capitalismo mientras siga existiendo el capitalismo, le hace sospechar de las afirmaciones en sentido contrario. David Pepper, por ejemplo, ha sugerido que no debemos ver «las inquietudes o argumentos medioambientalistas» como «“por encima” o sin relación con las inquietudes políticas tradicionales, sino como procedentes de los intereses de uno u otro lado político tradicional, y muy usadas como medios para promoverlos» (Pepper, 1984, pág. 187). La conclusión general que saca la izquierda es que el ecologismo sirve a los intereses del *status quo* al distraer la atención del verdadero campo de batalla del cambio social: la relación entre capital y trabajadores. Nos hallaremos en mejor posición para valorar la pretensión verde de trascender dicho campo de batalla en el capítulo 3, cuando se expongan el análisis y conclusiones del ecologismo a la crisis que define, y me ocuparé más por extenso de la relación del ecologismo con el socialismo en el capítulo 5. Lo importante por ahora es, sin embargo, que una característica básica del ecologismo es, sin duda, el hecho de que define la «superideología» del industrialismo como la tesis a batir, y ha sido relativamente fácil para los ideólogos verdes señalar altos niveles de degradación medioambiental en Europa del Este para hacer ver que hay poco donde escoger—desde esta perspectiva—entre capitalismo y comunismo. No supone diferencia apreciable quién posee los medios de producción, dicen, si el proceso de producción en sí se basa en suprimir los presupuestos de su misma existencia.

#### ESPECIFICIDAD HISTÓRICA

La cuestión de la historia del ecologismo ha sido el centro de un desacuerdo importante en comentarios recientes. Lo que se acepta habi-

Verde = izquierda, verde

El ecologismo es el destino de la civilización capitalista

la escala de la actividad humana en relación con la capacidad de la biosfera para absorberla y sostenerla, se ha incrementado hasta el punto de que la supervivencia humana a largo plazo y la integridad de la biosfera se ponen en duda. Esta visión —sea verdadera o falsa— ayuda a distinguir el ecologismo de su pasado y presente medioambientalista, más *ad hoc*.

En segundo lugar, los ecologistas políticos creen que las aproximaciones monotemáticas para afrontar problemas medioambientales no abordan su seriedad a un nivel suficientemente fundamental. Los verdes hacen campañas contra la lluvia ácida, la deforestación y la reducción de la capa de ozono, por supuesto, pero lo hacen afirmando que tales problemas proceden de relaciones políticas, sociales y económicas que estimulan prácticas insostenibles. Este análisis sistémico lleva a prescripciones sistémicas para un cambio, y la naturaleza interdependiente y de gran alcance de la crítica es una característica del ecologismo moderno que no aparece en sus progenitores del siglo XIX y del XX.

Puede resultar poco aconsejable intentar ser precisos en cuestión de fechas en este campo, pero el informe *Los límites del crecimiento* de 1972 es difícil de superar como símbolo del nacimiento del ecologismo en su aspecto plenamente contemporáneo. Como lo ha expresado Eckersley: «la idea de que podría haber límites ecológicos para el crecimiento económico que no podrían ser superados con una mejor planificación, ni con la inventiva tecnológica humana, no fue sostenida seriamente hasta después del debate de principios de los años setenta sobre los "límites del crecimiento", que tanta publicidad tuvo» (Eckersley, 1992, pág. 8). Así es como expresa el informe su conclusión principal:

Estamos convencidos de que tomar conciencia de las restricciones cuantitativas del medio ambiente mundial y de las consecuencias trágicas de un exceso es esencial para el inicio de nuevas formas de pensamiento que conduzcan a una revisión fundamental de la conducta humana y, en consecuencia, de la estructura entera de la sociedad actual (Meadows y otros, 1974, pág. 190).

El sentido del cambio radical preconizado por los verdes profundos queda registrado en las frases finales de esta cita, y claramente va más allá del medioambientalismo administrativo que deseo vivamente distinguir del ecologismo propiamente dicho.

Reconocer la historicidad de la ideología nos ayuda a entender qué es. Se nos proporciona una frontera más allá de la cual (en el pasado) el

ecologismo no podría haber existido, y, por tanto, cualquier movimiento o idea situados más allá de dicha frontera sólo puede tener una relación de prefiguración con el ecologismo tal y como yo creo que debemos entenderlo. El libro de Rachel Carson *Silent Spring* (1965), pues, sólo puede prefigurar el ecologismo, pero no «serlo», debido a la ausencia de una estrategia política decisiva para afrontar los problemas que indica. Mi opinión es que, en 1962, el ecologismo (y por tanto la posibilidad de ser radicalmente verde) no existía, y que el libro de Rachel Carson y el período en el que fue escrito se entienden mejor como parte de los requisitos previos del ecologismo. Viéndolo de este modo, evitaremos el error cometido en muchos comentarios y antologías del socialismo, por ejemplo, que hablan del clérigo John Ball (que habló en nombre de los campesinos durante la rebelión de 1381) como si hubiera sido socialista. Lo más que se puede decir de él, viviendo como vivió mucho antes de la Revolución francesa y de la industrial que dieron origen al socialismo propiamente dicho, es que sus criterios eran socialistas. Así mismo, las ideas y movimientos anteriores a 1970 que guardan afinidad con el ecologismo estaban «verdes», pero no eran verdes.

La importante consecuencia final de situar la ideología dentro de la historia es que nos permite insistir en la novedad de su análisis. Se ha comentado que, pese a sus pretensiones de lo contrario, la perspectiva del movimiento verde es una mera reelaboración de viejos temas. Así, por ejemplo, sus advertencias acerca del crecimiento de la población se contienen esencialmente en la obra de Thomas Malthus; su renuencia a abrazar plenamente la razón mecanicista característica de la Ilustración fue un tema recurrente en el movimiento romántico del siglo XIX; e incluso su tono apocalíptico ha sido prefigurado incontables veces en incontables movimientos mesiánicos. Tales críticos suelen aducir esas observaciones para indicar que, como ha sucedido antes, los temas subordinados asociados con el movimiento verde acabarán sumergidos por sus homólogos dominantes y opuestos. Esta interpretación no consigue dar una explicación completa de la naturaleza históricamente específica del ecologismo. Pues lo importante de la ideología es precisamente que, aun cuando los términos de su análisis no sean nuevos en sí mismos, el hecho de que sean planteados aquí y ahora da a dichos términos una resonancia nueva. Así, la crítica de las formas mecanicistas de razón, por ejemplo, no se puede retroproyectar directamente sobre críticas semejantes realizadas en el siglo XIX. El factor adicional que se debe tener en cuenta, sostiene el movimiento verde, es el estado potencialmente terminal al que nos ha conducido el



ser esclavos de esta razón. De este modo, la historia define el campo dentro del cual opera el ecologismo (y, por tanto, ayuda a definir el ecologismo en sí) y proporciona la base sobre la cual los viejos temas adquieran nuevas resonancias, fundiéndose para formar una ideología política moderna en toda regla.

## CONCLUSIÓN

Es preciso insistir una y otra vez en que este libro versa sobre ecologismo y no sobre medioambientalismo. La razón por la que resulta necesario insistir en ello es que la mayoría de la gente entenderá que el medioambientalismo —una aproximación administrativa al medio ambiente dentro del marco de las actuales prácticas políticas y económicas— es aquello de lo que trata la política verde. No creo que lo sea, al menos en su aspecto político-ideológico. Tanto ecologistas como medioambientalistas son movidos a actuar por la degradación medioambiental que observan, pero sus estrategias para remediarla difieren tremendamente. Los medioambientalistas no suscriben necesariamente la tesis de los límites del crecimiento. Ni pretenden, en general, demantelar el «industrialismo». Es improbable que defiendan el valor intrínseco del medio ambiente no humano y rechazarán cualquier afirmación de que nosotros (como especie) necesitamos una «reconstrucción metafísica» (Porritt, 1984a, págs. 198-200). Por lo común, los medioambientalistas creerán que la tecnología puede resolver los problemas que genera, y probablemente considerarán la afirmación de que sólo «una forma de vida frugal» proporcionará sustentabilidad como una solemne tontería. Dicho brevemente, lo que pasa por política verde en las páginas de los periódicos de hoy no es la ideología de la ecología política, entendida en su sentido propio. Por eso quien estudia la política verde tiene que hacer algo más que rascar la superficie de su imagen pública para hacerse cargo, en toda su extensión, del debate que ha abierto.

## Capítulo 2

### FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS

Sabemos que el hombre blanco no entiende nuestros caminos. Es un extraño que llega por la noche y toma del país lo que necesita. La tierra no es su amiga, sino su enemiga, y cuando la ha conquistado, se marcha a otro lugar. Les secuestra la tierra a sus hijos. Su ansia devorará la tierra y dejará tras de sí un desierto. Si todos los animales desaparecieran, moriríamos debido a una gran soledad del espíritu, pues lo que les sucede a los animales también nos sucede a nosotros. Todas las cosas están conectadas. Lo que le acontece a la Tierra, les acontece a los hijos de la Tierra.

JEFF SEATTLE, 1855; citado en BUNYARD y MORGAN-GRENVILLE, 1987, pág. 3

Aunque resulta que este discurso era una falsificación, no por ello los verdes han dejado de hacer uso abundante de él y de los criterios que contiene. En el canon teórico de los políticos verdes, es fundamental la creencia de que nuestros problemas sociales, políticos y económicos están causados fundamentalmente por nuestra relación intelectual con el mundo y por las prácticas que de ella se derivan. Los objetivos habituales del ataque son las formas de pensamiento que «separan los seres» y los estudian aisladamente, en contraposición con las que «los dejan como están» y estudian su interdependencia. Se considera que el mejor conocimiento se adquiere, no mediante el análisis aislado de las partes de un sistema, sino mediante el examen del modo en que sus partes interactúan. Este acto de síntesis, y el lenguaje de conexión y reciprocidad en que se expresa, a menudo se compondrá cómodamente en el término «holismo». Así, la medicina holística es preferible a la cirugía intervencionista, y la ecología —que estudia «todos» y no «partes»— es preferible a la biología. Un mayor reconocimiento de la dependencia e influencia mutuas, se afirmará, estimulará una sensibilidad en nuestro trato con el mundo «natural» que el atomismo discontinuo, salta a la vista, no ha conseguido crear.

Los ecologistas políticos a menudo sacan pruebas para una descripción holística del universo de los avances de la física durante el si-

tualmente es que hay tres opiniones en liza (Vincent, 1992; Dobson, 1993). La primera intenta «rastrear criterios ecológicos retrocediendo hasta los albores de la especie humana, al menos hasta el período paleolítico o neolítico»; la segunda «data el movimiento ecológico en los años sesenta y setenta de este siglo»; y la tercera «sitúa las raíces de las ideas ecológicas en el siglo XIX» (Vincent, 1993, págs. 210-211).

La primera postura se asocia a menudo con la opinión de que hace muchos miles de años existió una edad de oro de pacífica coexistencia con la naturaleza que terminó —según la interpretación de Max Oelschlaeger— con el comienzo de la era neolítica (Oelschlaeger, 1991, pág. 28) y que nosotros (en el moderno mundo industrial) no hemos sido capaces de recuperar hasta el día de hoy. Aparte de la naturaleza incierta de las pruebas para tales afirmaciones (cuestionadas con algún éxito en Lewis, 1992, págs. 43-81, por ejemplo), los vínculos entre lo que los seres humanos pensaban hace decenas de miles de años y la ecología moderna parecen demasiado débiles para decirnos gran cosa acerca de la naturaleza de una ideología contemporánea.

La tercera opinión —que el ecologismo hunde sus raíces en el siglo XIX— es probablemente la más ampliamente aceptada (véanse Vincent, 1992; Heywood, 1992; Macridis, 1992, por ejemplo), y a menudo se basa en una lectura de la obra de Anna Bramwell, de gran influencia posterior, *Ecology in the 20th Century* (1989). Junto con otras semejanzas entre el pensamiento decimonónico (una parte de él, en cualquier caso) y el ecologismo contemporáneo, Vincent señala «una reacción crítica frente a la tradición de la Ilustración europea. [...] el ecologismo mira escépticamente el valor supremo de la razón»; una negación de «la posición central de los seres humanos y [de la creencia] de que la naturaleza carece de valor y puede simplemente ser manipulada por los humanos»; y negación, en última instancia, del im-pacto de Malthus y Darwin tendente a la integración de una «perspectiva fuertemente materialista y científica con una comprensión inmanente y naturalista de la religión y la moralidad» (Vincent, 1992, págs. 211-212).

Puede que queramos hacer objeciones de detalle a estas afirmaciones, pero sería necio negar los amplios paralelos entre la combinación de racionalismo científico y arcadismo romántico, tanto en el siglo XIX, como en el movimiento ecológico actual. Estos (y otros) paralelos han sido reafirmados por Bramwell en la creencia de que el sentido de su obra anterior ha sido ampliamente aceptado (Bramwell, 1994, págs. 25-33). Vincent cree que estos paralelos han sido pasados por alto de-

liberadamente debido a las opiniones políticas reaccionarias asociadas con tales posturas a finales del siglo XIX y principios del XX. Basando su argumento en gran medida en la obra de Bramwell, afirma que los portadores de la ecología en este período fueron principalmente conservadores y nacionalistas (particularmente de tendencia «populista») y, más tarde, fascistas y nazis —hoy día es de rigor señalar que Himmler estableció una granja orgánica en el campo de concentración de Dachau, y que tanto Himmler como Hitler eran vegetarianos (Bramwell, 1989, págs. 204 y 270 nota a pie 1). Estos, afirma Vincent, son secretos de familia embarzados para los actuales ecologistas políticos, predominantemente de tendencia izquierdista, y por eso son encerrados en el armario mediante el simple expediente de datar el ecologismo a partir, por ejemplo de 1966 o 1973, y no de 1866 o 1873, fechas principales en litigio sobre cuándo, usó por primera vez la palabra «ecología» el biólogo alemán Ernst Haeckel (ibíd., pág. 253 nota a pie 2).

Es difícil determinar cuánto de razón política hay exactamente en esto para hacer el ecologismo muy contemporáneo en lugar de simplemente moderno, pero mi aportación personal al debate (por si puede interesar) es distinguir entre la búsqueda de las raíces del ecologismo, y una descripción de la ideología como tal. Es innegable que ideas semejantes a las mantenidas por los modernos verdes se pueden encontrar en sociedades industriales y en proceso de industrialización de finales del siglo XIX y principio del XX, y aunque Vincent no menciona a los «economistas de la energía» de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Rusia y Alemania en el primer cuarto del siglo XX, podría haberlo hecho (ibíd., 1989, págs. 64-91). Esto, sin embargo, no equivale a decir que el ecologismo —como ideología— existiera en ese tiempo, y dos factores modernos han servido para poner plenamente el ecologismo en el centro de atención.

En primer lugar, el alcance de las inquietudes en la época moderna es nuevo. La mayor parte de los problemas de recursos, residuos y contaminación que se plantearon en tiempos anteriores tenían un carácter fundamentalmente local. El ecologismo apoya gran parte de su argumentación en la creencia de que la degradación medioambiental ha adquirido dimensiones mundiales, muy evidentemente en casos como el calentamiento global y la reducción de la capa de ozono, pero también a la vista de las consecuencias climáticas potencialmente mundiales de la deforestación. Los humanos siempre han interactuado con su medio ambiente, por supuesto, y no siempre de forma sensata (Ponting, 1991). Pero los verdes creen que, en la época moderna,

ERDA Y DERECHA: COMUNISMO Y CAPITALISMO

En términos políticos habituales, y a fin de ayudar a distinguir el ecologismo de otras ideologías políticas, es útil examinar la generalizada preñsion verde de «ir más allá» del espectro político de izquierda-derecha: «Al exigir una sociedad ecológica, no violenta, no explotadora, los Verdes (*Die Grünen*) trascienden la extensión de la línea que va de izquierda a derecha» (Spretnak y Capra, 1985, pág. 3). Jonathan Porritt traduce esto como una trascendencia del capitalismo y el comunismo y comenta que «el debate entre los protagonistas del capitalismo y el comunismo resulta tan edificante como el diálogo entre la sartén y el cazo (Porritt, 1984a, pág. 44). La base para esta afirmación es que, desde una perspectiva verde ecocéntrica, se puede hacer que las semejanzas entre comunismo y capitalismo parezcan mayores que sus diferencias:

Ambos están dedicados al crecimiento industrial, a la expansión de los medios de producción, a una ética materialista como el mejor medio de satisfacer las necesidades de la gente, y al desarrollo tecnológico sin cortapisas. Ambos se apoyan en una centralización y un control y coordinación burocráticos a gran escala cada vez mayores. Partiendo de un estrecho racionalismo científico, ambos insisten en que el planeta está ahí para ser conquistado, que lo grande es evidentemente bello, y que lo que no se puede medir no tiene importancia (Porritt, 1984a, pág. 44).

El nombre dado por lo general a esta forma de vida es «industrialismo», al cual Porritt llega a denominar «super-ideología», dentro de la cual se inscriben comunismo y capitalismo, y que en otro lugar describe como «adhesión a la creencia de que las necesidades humanas sólo se pueden satisfacer mediante la permanente expansión del proceso de producción y consumo» (en Goldsmith y Hildyard, 1986, págs. 343-344). Esta observación es básica para la ideología verde, ya que pone de relieve, tanto el núcleo del ataque contra la sociedad y la política contemporáneas —industrialismo—, como la afirmación de que el ecologismo pone en tela de juicio supuestos con los cuales hemos vivido durante al menos dos siglos. Los ecologistas sostienen que la discusión acerca de los méritos respectivos del comunismo y el capitalismo es algo así como volver a organizar las tumbonas en el *Titanic*: señalan que el industrialismo sufre la contradicción de socavar el terreno mismo que lo hace posible, al consumir de forma insustentable un depósito finito de recursos en un mundo que no tiene capacidad ilimitada para absorber los desechos producidos por el proceso industrial.

Aunque el movimiento verde parece entender «izquierda y derecha» y «capitalismo y comunismo» como pares sinónimos, me propongo verlos separadamente, aunque sólo sea porque los términos usados para examinarlos van a ser diferentes. Se debe decir, sin embargo, que la afirmación verde en ambos casos ha sido objeto de crítica, especialmente respecto al segundo par, y especialmente desde la izquierda.

En algunos sentidos podemos hablar del movimiento verde bastante acertadamente desde una óptica de izquierda y derecha porque los términos que usamos para analizar la diferencia entre ambas se le pueden aplicar fácilmente. Si, por ejemplo, tomamos la igualdad y la jerarquía como características consideradas enconiables dentro del pensamiento de izquierdas y de derechas respectivamente, entonces el ecologismo es claramente de izquierdas, al defender como lo hace formas de igualdad entre los seres humanos y entre los seres humanos y otras especies. Sin embargo, afirmar que el ecologismo es inequívocamente de izquierdas no es tan fácil. Por ejemplo, la política verde es en principio contraria a toda manipulación, que no sea levisima, del mundo natural y social por parte de los seres humanos. Desde la Revolución francesa, ha sido tema del pensamiento de izquierdas que la existencia de un concreto orden natural de cosas al que los seres humanos deben conformarse y no obstaculizar es una forma de mistificación medieval usada por la derecha para asegurar y perpetuar el privilegio. La izquierda ha sostenido consistentemente que el mundo está ahí para rehacerlo a imagen del «hombre» (habitualmente), de acuerdo con planes trazados por «hombres» (habitualmente), y en los que la única referencia a un orden natural apunta a uno abstracto, fuera del tiempo y del espacio.

La aspiración verde radical de insertar al ser humano en su «lugar propio» dentro del orden natural y de generar un sentido de humildad ante éste es claramente de «derechas», en este caso:

La creencia de que estamos «aparte del» resto de la creación es una característica intrínseca del orden mundial dominante, una filosofía antropocéntrica, centrada en el hombre. Los ecologistas sostienen que esta creencia, en última instancia destructiva, debe ser desarraigada y reemplazada por una filosofía biocéntrica, centrada en la vida (Porritt, 1984a, pág. 206).

Sólo por terquedad se puede acusar a los ecologistas de usar esta idea para conservar riquezas y privilegios; pero el modo de entender el lugar del ser humano en un mundo ordenado de antemano y suma-

Industrialismo como super-ideología  
 Comunismo y capitalismo como después de los años 60  
 129

de izquierda y de igualdad  
 de la izquierda  
 de la izquierda

guña de las prescripciones políticas del movimiento verde, y que su historia está llena de afirmaciones que se pueden describir con mayor exactitud como autoritarias que como democráticas. La historia de la ecología en el siglo XX, de Anna Bramwell (1989), ciertamente causa esa impresión, y es verdad que incluso en el movimiento moderno hubo un tiempo en el que evitar la catástrofe medioambiental se consideraba el fin principal, y los medios usados para conseguirlo eran, en gran medida, lo de menos:

[E]l proyecto social que conduce a una sociedad sustentable] es un proceso que se puede llevar a cabo dentro de las actuales estructuras de autoridad, sean democráticas o dictatoriales. No es necesario, aunque sería preferible, que se cambien las relaciones de autoridad (Prages, 1977b, pág. 10).

Este tipo de agnosticismo con respecto a la organización social fue (y es) fuente de vital importancia para los críticos del movimiento verde que lo acusan de irresponsabilidad y reacción políticas. El problema nace del hecho de que, pese a los intentos verdes por hacer de la democracia un componente *necesario* de una lista verde de valores, el vínculo en realidad parece ser *contingente*. Este punto es expuesto de forma convincente por Michael Saward, quien sostiene que hay tensión entre el conjunto verde de valores y los valores de la democracia (Saward, 1993a, págs. 70-72). Robert Goodin expresa la idea en su forma más clara: «Defender la democracia es defender procedimientos, defender el medioambientalismo es defender resultados reales: ¿qué garantías podemos tener de que los procedimientos de la primera produzcan los tipos de resultados de la segunda?» (Goodin, 1992, pág. 168). La consecuencia clara es que si los resultados verdes no son garantizados por los procedimientos democráticos, y si los resultados verdes son tan importantes como los verdes dicen que son, entonces puede haber una razón para abandonar los procedimientos democráticos en favor de los autoritarios.

Este callejón sin salida, naturalmente, gira en torno a una caracterización según la cual la política verde privilegia el resultado sobre el procedimiento, y, como reacción, al menos una comentarista, Robyn Eckersley, vuelve el acertijo del revés al suponer que para la política verde el procedimiento es al menos tan importante como el resultado. Lo hace afirmando que la política verde radical es una política emancipadora que pretende aumentar al máximo la autonomía de los seres

humanos y no humanos, que se ha de «desplegar según sus propios modos y de acuerdo con la "vida de su especie"» (Eckersley, próxima aparición). Desde este punto de vista, continúa,

la conexión entre ecología y democracia deja de ser débil [...] el autoritarismo queda excluido en el nivel del principio verde (y no por razones puramente instrumentales), del mismo modo que es excluido según el principio liberal: viola de forma fundamental los derechos de los humanos a decidir su propio destino.

Esto contradice de plano la opinión de John Barry de que, «desde un punto de vista estrictamente ecocéntrico [...] la democracia es superficial, en el peor de los casos, o un complemento opcional» (Barry, 1994, pág. 371): una prueba más (si es que la necesitábamos) de que la teoría verde está viva y coleando.

El intento de Eckersley de elaborar una conexión necesaria entre ecologismo y democracia no se basa en sacar «lecciones de la naturaleza», por supuesto, sino que destaca de forma importante las secuelas que acarrea interpretar el ecologismo como una ideología de proceso o de resultado. Ciertamente, las consecuencias apuntan más allá de la relación entre ecologismo y democracia, hacia la relación entre ecologismo y las demás ideologías. Como Eckersley misma señala, poner el ecologismo del lado del proceso lo sitúa en la tradición liberal. John Gray, por otra parte, se siente capaz de llamar a los conservadores amigos del ecologismo al considerar éste desde una perspectiva esencialista: «Para los pensadores conservadores, lo mismo que para los verdes, resulta claro que elegir tiene en sí mismo poco o ningún valor: lo que tiene valor son las elecciones que se hacen y las opciones disponibles» (Gray, 1993, pág. 137). Desde el punto de vista práctico, tenga el valor que tenga, Gray no ha acertado: se puede decir con toda confianza que el movimiento verde en su forma moderna ha abandonado las soluciones autoritarias a la crisis medioambiental.

Esta idea queda reforzada por la siguiente «elección» política que el ecologismo «saca de la naturaleza»: La visión del mundo natural como un sistema entrelazado de objetos interdependientes (tanto sensibles como no sensibles) genera un sentido de igualdad, por cuanto cada ser es considerado necesario para la viabilidad de todos los demás. Según esta visión, ninguna parte del mundo natural es independiente, y, por tanto, ninguna puede reclamar «superioridad». Sin las humildes bacterias que limpian nuestra pared intestinal, por ejemplo, los seres hu-

El uso humano de muchos recursos esenciales y la producción de muchos tipos de contaminantes ha sobrepasado ya los índices físicamente sustentables. Sin importantes reducciones en las cantidades de materiales y energía, en las próximas décadas habrá un descenso incontrolado del índice per cápita de la producción de alimentos, el uso de energía y la fabricación industrial (Meadows y otros, 1992, págs. XV-XVI).

El uso constante por parte de los verdes radicales de un tono apocalíptico es único en el campo de las modernas ideologías políticas, y se podría afirmar que el movimiento ha confiado excesivamente en este tipo de proyecciones como medio de galvanizar a la gente para la acción. Las consecuencias de esto son dos. En primer lugar, existe la acusación infundada de los críticos del movimiento de que éste está conformado por un sentido pesimista abrumador en lo tocante a las perspectivas del planeta y, con él, del género humano. La acusación es infundada porque el pesimismo del movimiento se relaciona sólo con la probable expectativa de vida de la actual práctica política y social. Los verdes por lo común son indefectiblemente optimistas con respecto a nuevas posibilidades de afrontar la crisis que ellos creen haber puesto de manifiesto; simplemente afirman que se requiere un importante cambio de dirección. Como concluye *Más allá de los límites del crecimiento*:

esta decadencia no es inevitable. Para prevenirla son necesarios dos cambios. El primero es una revisión global de las directrices y prácticas que perpetúan el crecimiento del consumo material y de la población. El segundo es un incremento rápido y drástico de la eficiencia con que se usan los materiales y la energía (Meadows y otros, 1992, pág. XVI).

La segunda y quizás más seria consecuencia de la dependencia del movimiento respecto a pronósticos nada halagüeños es que sus ideólogos parecen haberse sentido liberados de la necesidad de pensar seriamente sobre la realización del cambio que preconizan. Ésta, desde luego, es otra característica de la ideología que se debe señalar: la tensión entre la naturaleza radical del cambio social y político que pretenden y la confianza en los medios tradicionales democrático-liberales para llevarlo a cabo. Es como si los defensores del movimiento hubieran creído que el mensajero resultaba tan obvio que bastaba comunicarlo para conseguir que se actuara de acuerdo con él. Los obstáculos para el cambio verde radical no se han determinado adecuadamente, y el resultado es una ideología carente de un programa adecuado de transformación política y social. Comentaremos esto más ampliamente en el capítulo 4.

## UNIVERSALIDAD Y CAMBIO SOCIAL

Una característica conexa que se debe mencionar, sin embargo, es el llamamiento potencialmente universal de la ideología. Hasta ahora no se ha dirigido a ningún sector concreto de la sociedad, sino a cada individuo del planeta en particular, sin atender a su color, género, clase, nacionalidad, fe religiosa, etcétera. Éste es un corolario del argumento del movimiento verde de que la degradación medioambiental y el trastorno social que acarrea, son problema de todos y, por tanto, deben ser preocupación de todos: a *todos* nos perjudican la crisis ecológica, y por tanto *todos* tenemos un interés común en unirnos a gente de *todas* las clases y *todas* las lealtades políticas para conjurar esta amenaza común» (Tarchell en Dodds, 1988, pág. 45; cursiva en el original). Así, el ecologismo tiene el potencial para afirmar más fácilmente que la mayoría de las ideologías políticas modernas que seguir sus prescripciones profunda, literalmente, en beneficio de todos.

Esto no es verdad de forma tan evidente en el caso de otras ideologías políticas modernas. Ninguna de ellas puede decir que la pena por no seguir su consejo es la amenaza de un importante trastorno social y medioambiental para todos. El llamamiento potencialmente universal generado por esta observación indudablemente ha sido visto por el movimiento verde como una característica positiva, que se ha de explotar en lo que vale. Examinaré esta postura en el capítulo 4 y preguntaré si esta convicción es equivocada o no, y si de hecho ha sido contraproducente en el sentido de que haya proporcionado otra razón para no atender de forma suficientemente rigurosa a la cuestión del cambio social.

## LECCIONES SACADAS DE LA NATURALEZA

La importancia de la naturaleza para el ecologismo, ya indicada, no se agota en las razones por las que debemos cuidar de ella. El *naturalismo* total del ecologismo descansa en la convicción de que los seres humanos son criaturas naturales. Por un lado, esto puede implicar el reconocimiento (ya discutido) de que hay límites naturales para las aspiraciones humanas; por otro lado —e incluso de forma más controlada— hay a menudo un sentido hondo en el que el mundo natural es tomado como modelo del mundo humano, y muchas de las prescripciones del ecologismo para la organización política y social se derivan de una visión particular de cómo «es» la naturaleza. Dicha visión

to de los desechos es una parte esencial de ser verde, pero no es lo mismo que ser radicalmente verde. Ser radicalmente verde supone suscribir conjuntos diferentes de valores. Como indicaba Porritt arriba, los verdes por lo general sospechan de las soluciones puramente tecnológicas para problemas medioambientales —la «posición tecnológica»—, y la aprobación relativamente cauta del reciclamiento es tan sólo un ejemplo de ello. Ya la tesis sumamente influyente de *Los límites del crecimiento* afirmaba: «No podemos esperar que las soluciones tecnológicas por sí solas nos saquen de este círculo vicioso» (Meadows y otros, 1974, pág. 192); y esto se ha convertido desde entonces en dogma central de la política verde.

La segunda estrategia empleada por los ideólogos verdes para hacer aceptable su recomendación de reducir el consumo es defender los beneficios de una sociedad menos materialista. En primer lugar, establecen una distinción (no original) entre necesidades y carencias, indicando que muchos de los artículos que consumimos y consideramos necesidades son en realidad carencias que hemos «convertido» en necesidades por orden de poderosas fuerzas persuasivas. En este sentido señalan que no se perdería gran cosa si poseyéramos menos objetos. La distinción entre necesidades y carencias es sumamente controvertida y será considerada con más detalle en el capítulo 3.

En segundo lugar, algunos verdes profundos afirman que la sociedad sustentable que reemplazaría a la actual sociedad de consumo proporcionaría formas más amplias y hondas de satisfacción que la proporcionada por el consumo de objetos materiales. Esto se puede ver provechosamente como parte del argumento verde de que la sociedad sustentable sería un lugar espiritualmente satisfactorio donde vivir. En realidad, hay aspectos del programa verde radical que difícilmente se pueden entender sin referencia a la dimensión espiritual sobre la cual (y en la cual) le gusta hacer hincapié. Los verdes revisiten el mundo natural de contenido espiritual y son ambivalentes acerca de lo que ellos consideran un robo de dicho contenido por parte de la ciencia mecanicista. Exigen reverencia para la Tierra y un redescubrimiento de nuestros vínculos con ella. «Me parece absolutamente obvio que, sin una enorme marejada de inquietud espiritual, la transición a un modo de vida más sustentable sigue siendo completamente improbable» (Porritt, 1984a, pág. 210). De este modo, la propaganda de una vida frugal y la exhortación a conectar con la Tierra se combinan para producir ese ascetismo espiritual que constituye una parte tan importante de la ecología política.

Un tema controvertido en política verde, asociado con la cuestión de reducir el consumo, es el de la necesidad de rebajar los niveles de

población. Como explica Fritjof Capra: «Para ralentizar el rápido agotamiento de nuestros recursos naturales, necesitamos, no sólo abandonar la idea de un crecimiento económico continuo, sino controlar el aumento demográfico mundial» (1985, pág. 227). Pese a las críticas acervas, particularmente desde la izquierda —Mike Simons ha descrito las propuestas de Paul Ehrlich como «una invitación al genocidio» (Simons, 1988, pág. 13)— los verdes se han aferrado a su creencia de que la sustentabilidad global a largo plazo supondrá reducciones de población, principalmente debido a que menos gente consumirá menos objetos: «el único modo de reducir a largo plazo el consumo es estabilizar; y después reducir, el número de consumidores. Las mejores políticas de recursos están condenadas al fracaso si no se vinculan a una política demográfica» (Irvine y Ponton, 1988, pág. 29). La cuestión demográfica será valorada críticamente en el capítulo 3.

#### RAZONES PARA CUIDAR DEL MEDIO AMBIENTE

Resulta obvio que el cuidado del medio ambiente es uno de los principios conformadores del ecologismo (aunque no lo agota). Se pueden dar muchas razones diferentes por las que debemos ser más cuidadosos con el medio ambiente, y voy a indicar que el ecologismo propone una mezcla específica de ellas. En este sentido, la naturaleza de los argumentos propuestos por el ecologismo en favor del cuidado del medio ambiente pasa a formar parte de su definición.

En nuestras circunstancias, tales argumentos se pueden sintetizar en dos apartados: los que afirman que los seres humanos deben cuidar del medio ambiente porque ello redundará en su propio interés, y los que afirman que el medio ambiente tiene un valor intrínseco, en el sentido de que su valor no se agota por el hecho de ser un medio para los fines humanos, y sigue teniendo valor aun cuando no se pueda convertir en medio para fines humanos.

En la mayoría de los casos nos encontramos con argumentos del primer tipo; por ejemplo, que las selvas tropicales se deben conservar porque proporcionan oxígeno, o materias primas para medicinas, o porque impiden corrimientos de tierra. Sin embargo, éstas no son razones verdes radicales. La perspectiva ecológica queda captada claramente en *The Green Alternative* al responder a la pregunta «La preocupación por la naturaleza y por el medio ambiente, ¿no es en realidad preocupación por nosotros mismos?».

parte debido a las reglas básicas que en mi opinión debe observar la descripción de cualquier ideología y que quedan traicionadas al incluir el medioambientalismo como un ala dentro de una descripción de la ideología verde, en parte porque la inmersión del ecologismo en el medioambientalismo corre el peligro de desfigurar el paisaje intelectual y político, y en parte debido a lo poco que realmente acaba diciendo la postura minimalista.

A riesgo de resultar pesado por repetitivo, deseo insistir en que la aproximación maximalista es la más apropiada cuando lo que se discute es la cuestión de la política verde *como ideología*. Si el encabezamiento es pensamiento político verde en general, entonces el minimalismo está bien, y varios comentaristas han hecho un uso productivo del espectro de dilatadas fronteras que queda disponible entonces (véase, por ejemplo, Young, 1992). Yo mismo me sentí algo liberado cuando en una ocasión me pidieron que escribiera sobre «medioambientalismo» en vez de «ecologismo» (Dobson, 1994); sin embargo, eso tiene desventajas, y la vaguedad es una de ellas.

Andrew Vincent ha escrito las exposiciones de la postura minimalista más elocuentes y energéticas que he encontrado (Vincent, 1992 y 1993), pero incluso él concluye con unos «temas amplios», que parecen bastante flojos, sobre (lo que él llama) ideología verde:

la mayoría [de los ecologistas políticos] sostienen la interdependencia sistémica de la especie y el entorno [...]. Hay una tendencia a ser mínimamente escéptico acerca de la posición suprema de los seres humanos en el planeta. Además, hay una preocupación general por lo que la civilización industrial está haciendo realmente al planeta (Vincent, 1993, pág. 270).

Con un mínimo de ideas básicas

El cuarto tema de Vincent —que hay «una actitud mucho menos dañina y más positiva hacia la naturaleza» que en otras ideologías— sólo es verdad de forma incuestionable en el caso de (lo que yo llamo) ecologismo y no en el del medioambientalismo, de modo que en realidad no debiera estar de ningún modo en su lista de «temas amplios». El segundo y tercer puntos quedan bastante diluidos por las palabras «tendencia», «mínimamente» y «general», y los tres primeros (con la posible excepción del segundo) son tan generales que hoy resultan aceptables para gran número de personas en las modernas sociedades industriales, ciertamente un número mayor que el de quienes se definirían como ecologistas políticos. Así pues, o el ecologismo es una de las ideologías con mayor éxito en la era moderna, o es algo distinto

de lo que se capta en los temas amplios de Vincent. Lo que sigue supone que esta última conjetura es la correcta.

Pero primero resulta oportuno destacar dos ventajas de la posición minimalista, ventajas que se desaprovechan en la presente aproximación. La primera es que refleja claramente la naturaleza bastante ecléctica del movimiento verde como tal. Muchas de las personas y organizaciones que quiséramos incluir en el movimiento verde son medioambientalistas y no político-ecologistas, y definir el ecologismo tan estrictamente como pretendo hacerlo yo puede oscurecer esta verdad tan importante acerca de la política verde. (Por otro lado, naturalmente, insistir excesivamente en las credenciales medioambientalistas del movimiento puede ocultar a la vista el ecologismo.)

La segunda ventaja es que la aproximación minimalista nos permite ver que el movimiento tiene una historia, hecho que resulta menos evidente desde el punto de vista maximalista, porque éste tiende a darta la aparición del ecologismo en los años sesenta, o incluso los setenta del siglo actual. Los minimalistas, por lo común, buscarán en el siglo XIX los comienzos del ecologismo, y mi oposición a esta opinión se basa en la observación de que, aun cuando algunas de la ideas que ahora asociamos con el ecologismo fueron enarboladas hace más de cien años, esto tiene poco que ver con la afirmación de que el ecologismo como tal existía hace más de cien años. La adhesión de Jesucristo a cierta igualdad social no le convirtió en socialista, ni significa que el socialismo existiera en el siglo I. Éstas son, pues, las cuestiones generales en litigio cuando se piensa acerca del ecologismo, y reaparecerán con detalle en lo que queda de este capítulo.

La necesidad de repensar los valores anunciados en el programa verde radical se deriva de la convicción de que hay límites naturales para el crecimiento económico y demográfico. Es importante destacar la palabra «naturales», porque los ideólogos verdes sostienen que el crecimiento económico se ve impedido, no por razones sociales —tales como relaciones de producción restrictivas—, sino porque la Tierra misma tiene una limitada capacidad de carga (de población), limitada capacidad productiva (de recursos de todo tipo) y limitada capacidad de absorción (de contaminación). «La tierra es finita», escriben los autores de *Más allá de los límites del crecimiento*, continuación del trascendental informe *Los límites del crecimiento*, «el crecimiento de cualquier realidad física, incluida la población humana y sus coches y edificios y chimeneas, no puede continuar indefinidamente» (Meadows y otros, 1992, pág. 7). Esto debería dejar claro que, desde una perspectiva ver-